

El Reparador de CPU

Por Raquel Cano Cardona

Había una vez un reparador de CPU. Un día una señora le llevó una CPU y le dijo que se la revisara por favor. La señora era muy extraña, el reparador cuando abrió la CPU se sorprendió porque cada parte estaba reluciente, pero finalmente decidió arreglarla porque la señora dijo que estaba mala.

Cuando cogió la tarjeta madre lo envió a un mundo lleno de flores. ¿Cómo? ¡¡¡Así es, la señora que fue al taller era un hada, lo mismo le pasó con todas las partes de la CPU, pero en diferentes mundos: con la memoria RAM estuvo en un mundo lleno de dinosaurios, con la tarjeta de video estuvo en un mundo lleno de cucarachas, con el disco duro estuvo en un mundo lleno de cerebros viscosos, en la fuente de energía estuvo en un mundo lleno de nombres y al final en el microprocesador estuvo en un mundo lleno de hadas, entre ellas había una muy hermosa, cuando se acercó se dio cuenta que era la señora que le había llevado la CPU y le dijo: ¿por qué me llevaste la CPU? Y ella le respondió: Porque necesito que arregles nuestro mundo.

Él le dijo que lo arreglaría y le confesó que estaba enamorado de ella. Ella le dijo gracias y también le confesó que estaba enamorada de él y así terminaron casándose y vivieron felices dentro de la CPU.

Ratones espaciales

Había una vez un ratón que fue a la luna y se fue con un ratón amigo que lo quiso acompañar.

Se encontraron muchas cosas, como piedras y volcanes.

Pasaron muchos días allí, pero cuando quisieron volver a la tierra su cohete se dañó y tuvieron que quedarse.

fabricaron otro cohete, volvieron a la tierra y se pusieron muy felices.

Andrés Felipe Restrepo U. (1-B)

El humor de Luis Carlos López

Damián Guayara Garay
Profesor de Literatura



En el artículo titulado “El Quijote y el arte nuevo” Milan Kundera recordando a Octavio paz, afirma que el humor es un gran invento de la época moderna vinculado al nacimiento de la novela y en particular a Cervantes y a Rabelais. Con lo cual, nos hace una clara diferenciación entre la comicidad clásica y el humor.

La primera de carácter estereotipado siempre ligada a la ridiculización y la burla, mientras la segunda más refinada y sutil, se caracteriza por ser producto de la ambigüedad y el juego de los sentidos.

De ahí que el humor sea catalogado a menudo como una de las más difíciles empresas, pues quien se dispone a impregnar de tal encanto sus escritos y sus actos, corre el riesgo de caer en la rancia esfera de la simple comicidad, cuando no, de la risa reforzada y artificial del mal chiste. Por fortuna, el presente texto está dedicado no a los próceres de la risa con muletas, sino a un maestro del humor inteligente y vigoroso de la poesía colombiana: Luis Carlos López (1879-1950).

Son múltiples las virtudes de las que goza la poesía de este cartagenero: síntesis, musicalidad, crítica social e imágenes inolvidables acompañan sus versos. Pero sin lugar a dudas, es el humor su fruto máspreciado. Leer al Tuerto López, es inmiscuirse en la seriedad de una risa perspicaz que aboga por la denuncia de las falsedades de una sociedad colombiana (no muy distante de la de hoy) poseída por la simulación y la doble moral. Pero es asistir también, a la celebración de una tierra maravillosa transmutada en palabras.

Por su poesía desfilan los más diversos cuadros de la cotidianidad sublimados casi siempre por un verso final que tiene la función de descubrirnos como dice Kundera, el mundo en toda su ambigüedad, donde las cosas pierden su significado aparente y la gente se revela distinta a lo que ella misma cree que es. Así lo podemos observar en el siguiente poema incluido el libro “de mi villorrio” de 1906:

En la penumbra

A la intemperie mi alma. -¿Quién me abriga,
Quién me da de esperanza algún destello?
Y apuré, con mis fardos de fatiga.
La sed caliginosa del camello.

Te vi... pero te vi bajo la ortiga
De tu sayal, tu escapulario al cuello,
Con el cilicio, que a Satán fustiga,
Y la profanación de tu cabello...

Sentí, por el nirvana de tu influjo,
Mi espiritualidad. -Wagner, el brujo,
Interpretó la dualidad de un treno

En la pequeña nave de la ermita,
Donde tú, buena hermana Carmelita,
Me hacías bueno, extrañamente bueno...

Aquí es palpable la postura irónica del autor frente a la religión y su papel de redentora de la humanidad. La imagen del descarriado que acude a la iglesia en busca de ayuda para volverse “bueno”, se ve de repente profanada por otra aun más fuerte, la imagen de la “buena hermana carmelita” que insita al deseo y vuelve a los fieles “extrañamente buenos”. Ejemplo similar nos ofrece “tarde de verano” otro poema del mismo libro, en el cual, el autor expresa de forma más nítida su pensamiento divergente y agudo frente a la iglesia ostentosa y la sociedad enajenada:

La sombra que hace un remanso
Sobre la plaza rural,
Convida para el descanso
Sedante, dominical...

Canijo, cuello de ganso,
Cruza leyendo un misal,
Dueño absoluto del manso
Pueblo intonso, pueblo asnal.

Ciñendo rica sotana
De paño, le importa un higo
La miseria del redil.

Y yo, desde mi ventana,
Limpiando un fusil, me digo:
-¿Qué hago con este fusil?

La expresión “¿Qué hago con este fusil?” no es sólo el detonante de una risa mordaz, a su vez este verso representa la ambigüedad del mundo, ya que la voz poética muestra una conciencia crítica de la realidad pero en lugar de determinar algo, opta por lanzar una pregunta abierta e impactante a sí mismo y al lector. Siendo así, el autor termina por abandonarnos en el lomo de un péndulo que ofrece muchas respuestas y ninguna.

Así es Luis Carlos López, un péndulo, un poeta que no cabe en ningún catálogo de nuestra tradición. En este texto, se ha tratado de exaltar una de sus virtudes más determinantes de forma breve y parcial, con el único ánimo de presentarlo a quienes no lo conozcan y de recordarlo a quienes lo han olvidado. Porque si alguien hizo del humor algo serio y digno de nuestra poesía, fue este cartagenero, quien con sus versos, logró dibujar una necesaria y gran sonrisa a nuestras letras. Pero no cualquier sonrisa, la del Tuerto López es la risa de quien intenta comprender la vida y se sorprende con frecuencia en una cruel broma.

FICHA DEL LIBRO: LOPEZ, Luis Carlos. De mi villorrio. En: Sus versos. Medellín: Editorial Bedout, 1973. Pp. 13-50.